



Robert Mapplethorpe. Ken Moody and Robert Sherman.1984. Fotografía tomada de: <http://www.mapplethorpe.org>

Xenofilia, xenofobia

Pedro Alzuru

HUMANIC Human Sciences Research Center
Universidad de Los Andes – Mérida Venezuela

Alzuru@ula.ve

Resumen: Cruzar el umbral de lo extraño, adentrarse al territorio del otro y rozar el límite de lo humano, hacia los confines de la alteridad por medio de la hospitalidad. El texto toma como referencia al San Julián hospitalario de Flaubert y los rituales de bienvenida extraídos de las épicas homéricas para describir los desafíos de la hospitalidad frente a la xenofobia y la xenofilia en su lucha simbiótica con la hostilidad que le es afín; y define o construye el sistema de identidad del yo ante la confrontación con la difusa frontera de lo extraño y extranjero.

Palabras clave: xenofilia, xenofobia, extranjero, hospitalidad, alteridad, identidad, extrañamiento

Xenophilia, xenophobia

Abstract: Crossing the border of strangeness, entering the other's territory and breach the limit of humanity, towards the borders of otherness through hospitality. This paper takes Flaubert's Saint Julian and welcoming rituals from Homeric epics to describe the challenges of hospitality when compared to xenophobia and xenophilia in its symbiotic struggle with a closely related hostility; and defines or construes the egos identity system amid confrontation with the fuzzy barrier between the strange and the stranger.

Key words: xenophobia, xenophilia, xenofilia, stranger, hospitality, otherness, identity, strangeness

Extranjeros a nosotros mismos

El conflicto entre el amor y el temor al extranjero solapa otra realidad igualmente inquietante, el hecho de que nos hemos hecho, nos hacemos, extranjeros a nosotros mismos, piénsese este nosotros a nivel individual, a nivel regional (una parte de la nación, un grupo de naciones) o a nivel internacional; sea que nos entendamos como occidentales o como no occidentales, y demostrar esto último -que no somos occidentales- nos parece forzado o en cualquier caso, ideológico. Hay muchas formas de sentirse extraño a sí mismo, ya pensadas por los antiguos griegos y resumidas en el término “manía” (profética, liberadora, poética y amorosa), se trata de una forma no patológica de sentirse extraño a sí mismo. Mucho más cerca de nosotros en el tiempo, con la introducción del concepto de inconsciente al inicio del siglo XX, se abre un nuevo y vasto horizonte que extiende y profundiza el conocimiento de los dispositivos que operan de forma oculta en la forma de ser occidental, en la forma de ser de las diversas culturas en verdad, más si consideramos la occidentalización del mundo.

Pero hoy nos confrontamos con una forma de sentirnos extraños a nosotros mismos distinta de la manía y del inconsciente. Aunque se han hecho esfuerzos para hacer semejantes las manías antiguas y las dependencias modernas: alcohol, droga, sexo, gimnasia, trabajo, internet, etc., hay un abismo entre la posesión religiosa y estas adicciones. El inconsciente, por otro lado, es muy rico en valores simbólicos compartidos y está muy relacionado con el lenguaje como para reducirlo a la condición contemporánea, más próxima a la psicosis que a la neurosis.

El modo de ser psicótico implica una catástrofe de la autoconsciencia, del conocimiento de sí mismo y de la significación. Lo dicho en un contexto, psicótico no puede ser objeto de interpretación, no contiene -como el relato del sueño o el síntoma neurótico- un afecto o un pensamiento inconsciente que se esconda detrás del lenguaje. En la psicosis, el lenguaje se hace autónomo del hablante, lo posee, prolifera de forma ilimitada y se apropia de todo.

Robert Mapplethorpe. Ada (detalle), 1982. Fotografía tomada de: <http://www.mapplethorpe.org>



La extrañeza respecto a sí mismo que caracteriza el modo de ser psicótico es por esto apagada, inaccesible, inerte, agotadora respecto a una movilización dialéctica o post-dialéctica, porque el sujeto ignora la estructura simbólica de la lengua que habla. El psicótico no puede llegar a conocer al otro, al diferente, al extranjero, porque no se puede llegar a conocer a sí mismo, porque lo anima un rechazo, una forclusión (Lacan, 1981) del orden simbólico, es decir de la estructura de la sociedad. Este no puede volver a la consciencia del psicótico no porque ha sido sacado, sino porque nunca ha estado, porque ha sido descartado ab origine.

La tendencia agresiva es un aspecto fundamental de la psicosis, la cual -por falta de mediación simbólica- permanece prisionera del estadio del espejo (experimentado por el niño entre los seis y los dieciocho meses de vida), el cual se origina en la confrontación entre el reflejo de su imagen en el espejo y la experiencia de su propio cuerpo: mientras este todavía adolece de coordinación y de unidad, la imagen especular lo fascina, lo seduce, lo capta. Para Lacan, el estadio del espejo construye la identidad del yo, por esto el yo está signado por una fractura que le impide acceder a una efectiva autoconsciencia y lo aliena respecto a sí mismo. Este es el paradigma del imaginario, el cual se caracteriza por un narcisismo inseparable de la agresividad hacia el otro (distinto al Otro del orden simbólico). El yo, mientras permanece prisionero del imaginario no tiene nunca frente a sí una efectiva alteridad, sino sólo su propia imagen; el “tu” con el que se confronta no constituye nunca una verdadera alteridad.

Este análisis de Lacan resulta claro si se piensa en ciertas relaciones privadas de carácter sentimental, en las cuales los partners se confrontan en interminables e inconclusas discusiones. A quien las observa parece evidente que son incapaces de ir más allá de sus imágenes, que la imagen del otro no es sino la de sus respectivos yo. La aspereza de tales conflictos depende de la agresividad implícita en el estadio del espejo, no son verdaderos conflictos porque precisamente les falta la experiencia del opuesto.

Si del contexto personal pasamos al social o público, la situación no cambia. La mayor parte de las discusiones sobre la xenofilia y la xenofobia permanecen presa de la captación imaginaria, especialmente cuando se trata de la comunicación mediática. La discusión por o contra la inmigración, por o contra la relación con los otros, por o contra las influencias, está comprometida por un vicio de origen: ya no nos conocemos a nosotros mismos, entiéndase esto a nivel individual o social.



Robert Mapplethorpe. Ken Moody and Robert Sherman. 1984. Fotografía tomada de: <http://www.mapplethorpe.org>

Los límites de la hospitalidad, los límites de lo humano

El periplo de Ulises lo conduce permanentemente a los límites de lo humano a los confines de esta alteridad sin norma que toma diversas formas. Se encuentra incluso con la alteridad absoluta, la de la muerte, y debe rendirse a ella. Al final, es puesto frente a la más inquietante de las alteridades, ese Otro que es él mismo, como ocurre cuando Ulises se descubre Otro al oír al aeda narrar sus aventuras, llora al sentir esta distancia de sí mismo, toma consciencia de que su viaje lo ha desposeído de sí.

La Odisea es un viaje de exploración de los límites de lo humano. En cada playa que toca, se plantea la pregunta sobre la humanidad, de los seres que va a encontrar, y la define a partir de la hospitalidad. Traza los límites de la identidad griega, la frontera entre lo humano y lo divino: la prueba de la hospitalidad aparece como la prueba de la hominización. Explora estos límites, con el riesgo de perderlos.

Si la hospitalidad es signo de lo humano, reconocimiento del otro como prójimo, no descansa en plantearse el problema del límite, y las muchas cuestiones que se le vinculan: sus límites espaciales, sus límites temporales, sus límites antropológicos y culturales, de comportamiento.

No pasar los límites es un empeño constante, tanto más si no está seguro de cuales son esos límites. Pasar los límites implica incluirse en lo no admisible. Definir lo admisible y lo inadmisibile surge del problema de circunscribir la naturaleza y la cultura, lo absoluto y lo relativo.

La escena de la hospitalidad empieza con la llegada de la visita a la casa y termina con su partida. Esta escena, en la obra homérica, está compuesta de microescenas, con rituales bien establecidos, sigue fórmulas y un orden relativamente fijo.

La hospitalidad es una prueba, tanto para el invitado como para el que invita. Una de las primeras pruebas es el encuentro con el perro, incluso antes de la aparición de un rostro humano, entre doméstico y salvaje, entre receptivo y agresivo. Este protege el territorio, es delegado por el amo e indica, defendiéndolo de toda intrusión, la desconfianza ante el extraño. Estos factores le recuerdan al invitado su carácter de extranjero.

El perro anticipa el umbral, la frontera entre lo interno y lo externo, lugar de espera de la decisión de la hospitalidad. En el umbral se espera parado si se trata de un par, un mensajero o un huésped, o inclinado, en señal de sumisión si es un mendigo a un subalterno. Al retornar a su casa, parado en el umbral, Ulises se encuentra en una posición ambigua, amo y mendigo, interno y externo a la vez.

Al ponerse en posición de súplica o en un recinto sagrado, el viajero pasa a estar bajo la protección del tabú de la hospitalidad inviolable. Gracias al ritual, los dioses protegen a los suplicantes y amenazan con venganza a cualquiera que viole la ley. La práctica ritual es signo de reconocimiento de un griego o de un extranjero helenizado. La inviolabilidad del huésped, erige límites absolutos, por su carácter de tabú, sagrado, su trasgresión genera los peores desastres, castigos devastadores.

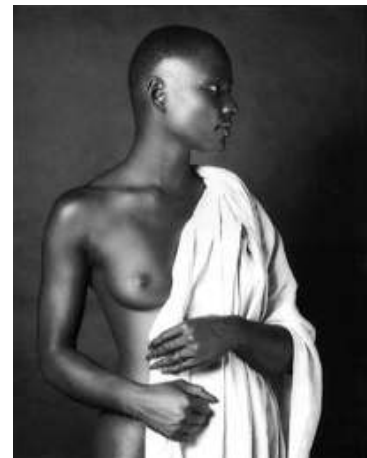
Robert Mapplethorpe. Ken, Lydia and Tyler (detalle), 1985. Fotografía tomada de: <http://www.mapplethorpe.org>

Todo empieza en este umbral, en esta puerta que se toca, al abrirse aparecerá una figura desconocida, extranjera. ¿Habrá una buena recepción?, ¿la hospitalidad solicitada será concedida? Pasar el umbral, lugar de acceso y lugar de delimitación, significa entrar en un mundo diferente, de promesas, de satisfacciones, de amenazas. La puerta está abierta o cerrada, si está cerrada puede abrirse, si está abierta puede cerrarse, esto debe ser evidente para toda reflexión sobre la xenofobia o sobre las leyes de la hospitalidad. Límite entre dos mundos, entre lo interno y lo externo, el umbral es una etapa semejante a una iniciación. Demarca una intrusión, tiene un componente violento, de ruptura, de trasgresión, de hostilidad.

Penetrar en el dominio del Otro es un problema de proxemia y de propiedad. Esta es la cuestión de lo propio, de lo que constituye mi identidad en la pertenencia a un territorio, donde el otro aparece como un intruso. El gesto hospitalario pone de lado la hostilidad, aunque el huésped, el extranjero, puede parecer con frecuencia propenso a la hostilidad debido a su pobreza, marginalidad, sin techo, loco, vagabundo. La primera amenaza, antes del parasitismo es la intrusión. Por esto las reglas de la buena educación se establecen con el fin de eliminar en lo posible el carácter hostil de la intrusión, cualquier ruido puede ser percibido como una agresión y la indecencia del comportamiento empieza antes de aparecer.

Una vez al interior, la modestia, la reserva, el evitar la intrusión deben ser claramente percibidos. Este respeto del territorio, que depende de la proxemia, significa que la comunidad juega siempre con la presencia y la distancia, la presencia como favor y la distancia como gallardía. Entrar en el círculo significa renunciar a imponerse, hacer acto de sumisión y fidelidad a la comunidad. Esta renuncia a la autoridad, en cualquiera de sus formas es parte del proceso de civilización y de educación social, sus consecuencias psico-sociológicas y políticas no se deben desdeñar.

Es necesario que los huéspedes se sientan en libertad, como en su casa, acogidos en una casa limpia, que se les ofrezca un buen lecho, es mejor si el hospedero conoce sus gustos. Por esto la conversación es tan importante, y el conocimiento de las reglas del buen vivir son indispensables. En la relación asimétrica de la hospitalidad hay también complementariedad: los dueños de casa deben hacer lo posible para que los invitados no se sientan inoportunos, los huéspedes también tienen sus deberes, deben hacer todo lo necesario para en verdad no importunar. Esta asimetría se refuerza en un espacio institucionalizado. Los límites de la hospitalidad remiten al respeto de las reglas ritos y costumbres, tanto del hospedero como del hospedado.



Robert Mapplethorpe. Ada. 1982.
Fotografía tomada de:
<http://www.mapplethorpe.org>

Robert Mapplethorpe. Ken, Lydia and Tyler (detalle), 1985. Fotografía tomada de: <http://www.mapplethorpe.org>

La hospitalidad no existe sin generar limitaciones y gastos. Hasta la disposición amistosa hacia el huésped crea, no obstante la alegría de recibir al amigo, una tensión que hace su presencia, aunque agradable, penosa en cierto sentido, este agradable intruso obliga a modificar algunos hábitos y ritos cotidianos, hora de comida, distribución del espacio, etc. El cuidado del huésped, las atenciones acordadas voluntariamente al visitante, no por esto son menos exigentes. El esperado invitado ocupa física y psíquicamente. Estas dependencias y obligaciones también son recíprocas. El invitado, aunque sea bien recibido, no está en su casa, ocupa una habitación que no es la suya. Por todo esto, el límite temporal de la estadía se impone. Existe una regla de los tres días que se traduce en proverbio en muchos idiomas, no indica sino que hay un límite, que por razones económicas y psicológicas, se debe respetar. Hay un tiempo para recibir, un tiempo de estadía y un tiempo de partida.

La hospitalidad debe mantener al extranjero como tal, preservar la distancia. El respeto, que implica deferencia y consideración, mantiene la distancia para preservar la identidad y la singularidad del otro. La hospitalidad no tiene como vocación la integración. Integrar es someter el otro a mis leyes, es un acto violento. La hospitalidad se distingue por el respeto de la alteridad, sin la voluntad de someter al otro a sus propias leyes. La hospitalidad termina donde empieza la integración, más claramente, la hospitalidad tiene dos límites, el rechazo y la integración.

La ambivalencia hospitalidad/hostilidad, revela el fantasma de ser devorado, del canibalismo. Las manifestaciones del rechazo son claras: xenofobia y racismo son las más ordinarias. La estigmatización del extranjero, del extraño, proveniente del temor del otro, toma la forma de un devorar monstruoso. El racista acusa al otro de antropofagia. El repliegue en sí, como temor de la pérdida de identidad tiene su imagen invertida en el temor de una hospitalidad devoradora, ser hospedado significa abandonarse a una dependencia que puede ser disolución de sí. La hospitalidad supone una constelación paradójica entre el interés personal y el sacrificio de sí, el pragmatismo y la utopía. Ser recibido significa abrirse a todos los riesgos y poner su destino en las manos del hospedero. Otro fantasma, más reciente, que remite a esta pérdida de la integridad, es el de la polución, la epidemia, el contagio. El extranjero es el enfermo, portador de microbios y virus que trae del exterior. Mantener el rol de huésped, rechazando la integración, tiene evidentemente sus bemoles. La hospitalidad es paradójica y compleja, puede ser interpretada como una estrategia de distinción que, bajo la apariencia del rechazo de la integración, mantiene la distancia con el otro para protegerse, para mantener al otro en el exilio.

Ser sólo un huésped es un regalo incómodo, la hospitalidad puede ser deseada y penosa a la vez. En la *Odisea*, Homero no se cansa de repetir que la acogida prohíbe interrogar al huésped, está contra las reglas de la hospitalidad preguntar al extranjero el nombre, de dónde viene, quién es, esto se puede hacer y es signo de benevolencia, sólo después de cumplidos los ritos de la acogida.

La historia de la hospitalidad está marcada por el deseo de controlar al huésped, pero la verdadera hospitalidad debe superar la violencia que le es inherente, porque la hospitalidad puede hacer daño y con frecuencia lo hace, hay quien busca refugio y lo encuentra pero encuentra al mismo tiempo el aislamiento y la soledad. La paradoja del gesto hospitalario es el de ofrecerse teniendo cuidado de mantener la distancia y a la vez instaurar la presencia del huésped. Hospitalidad implica dependencia, apropiarse de un lugar que no es propio, no es algo obvio ni fácil.

La dependencia no es sólo exterior hacia las reglas del lugar, es también interior: sé que soy sólo un huésped, que estoy de paso, que mantengo mi condición de extranjero. Se tiene como única total integración el matrimonio, los fenicios se lo propusieron a Ulises, pero ni siquiera éste excluye la situación de exterioridad.

La sonada hospitalidad sin límites también tiene sus paradojas, la pérdida de los límites es el abandono, la destrucción de la economía, la renuncia a sí mismo en el don, una desreglamentación del intercambio que puede conducir a la muerte.

¿Cómo se puede llegar en la acogida del otro a esta total negación de sí, a la disolución de la identidad, a la fusión con el otro y a la desaparición, a esta anulación de todos los límites en el sentimiento oceánico de la renuncia absoluta? La hospitalidad se convierte así en neurosis, ideal místico, mortificación. Este sueño lo describe Flaubert en San Julián el Hospitalario, muestra a san Julián que acoge al hambriento, al sediento, al leproso, ofreciéndoles en sacrificio su cuerpo desnudo, ofrenda que no se sabe si es a Dios o al diablo. ¿Cómo se puede llegar a este extremo, a esta aberración? Flaubert subraya en esta obra que la hospitalidad está estructurada por la diferencia, por una mezcla de sentimientos y pasiones intensas. Nos describe antes que nada el castillo donde nació y fue criado san Julián, un lugar de hospitalidad, organizado, limpio, donde se acoge a los necesitados y se les brinda todo tipo de atenciones. La infancia de Julián estuvo marcada por la práctica de la hospitalidad y la caridad. Pero el joven Julián abandona estas virtudes y se dedica a la caza, practica hostil hacia la naturaleza acogedora.

El relato nos muestra cómo el lugar de la hospitalidad y de la abundancia, el castillo, era en realidad el lugar de la falta. La abundancia esconde un vacío, las múltiples atenciones que rodean al niño en verdad no le dan paz y alegría. Sus padres vivían de espaldas a ellos mismos, cada uno deseando que Julián cumpliera sus respectivos deseos de poder, ser un santo para la madre significaba en realidad que fuera arzobispo, la educación del padre no tenía otro fin que convertirlo en guerrero.

En verdad, a lo largo del relato hay un juego entre distancia y proximidad que muestra los límites de la hospitalidad. La hospitalidad absoluta se da como proximidad absoluta, matrimonio de lo uno y lo otro, unión íntima con lo extraño en abrazo sensual. Julián vive en la distancia del estudio, de la caza; pero dar muerte es un acto erótico que elimina la distancia, abandono al eros. La distancia lo conduce al exilio, lejos de sus padres, un exilio indefinidamente renovado.



Pero la distancia, exterior e interior, lleva a Julián, como a Edipo, a la confusión, al asesinato de sus padres, ni la distancia deja de hacer que permanezca una presencia escandalosamente incestuosa. ¿Cuáles son los límites con los cuales se confronta Julián? Los límites pueden ser barreras o fronteras, la frontera se deja atravesar, la barrera marca un límite insuperable. Julián se hace peregrino, el peregrino es un transgresor, las distancias no son para él una barrera, nada pone fin a su sed de masacre, no hay distancia que no cubran sus flechas. La distancia en la cual se mantiene no podrá evitar el fatal cumplimiento de la predicción, el asesinato se cumple porque se cree que está más allá del límite. Termina matando a sus padres porque dejó su país, el trágico error no hubiera ocurrido si se hubiera quedado en casa, mata a su padre porque lo confunde con un extranjero, porque quiere proteger el interior de su familia, contra lo que cree una intrusión de lo externo. Los límites están también en lo interno, al interior de la hospitalidad familiar y ritualizada.



Robert Mapplethorpe.
Jill Chapman and Ken Moody, 1983.
Fotografía tomada de:
<http://www.mapplethorpe.org>

Julián es el inhóspito por excelencia, por una desafortunada confusión asesina a quienes lo hospedan. Esto revela que el desafío de la hospitalidad, interna como externa, no está simplemente en acoger al extranjero, el externo al interior, sino en subvertir los límites que distinguen al uno y al otro: descubrir que lo externo está ya dentro y que el dentro es externo a sí mismo, aceptar el hecho de ser extranjeros a nosotros mismos, alguien que no tiene una casa sólo suya para ofrecer hospitalidad. Entender esta distancia es la condición a priori del acto de hospitalidad, que lo externo está al interno de nosotros mismos, como una cinta de Moebius que une los límites de lo mismo y de lo otro mostrándonos que es una sola superficie. La imagen final representa esta conjunción milagrosa, el encuentro con el leproso expresa un deseo de regresión de Julián a una etapa pre-edípica, a una fusión con el cuerpo parental, con el cuerpo de los genitores en unión, el Cristo andrógino, la unión mística, la realización de la coincidentia oppositorum. La lepra es la imagen del mal y del pecado, el cuerpo que evidencia las culpas del alma y la maldición de Adán, signo de la animalidad más repugnante, abolición de la frontera animal/humano, vida/muerte. En una palabra, signo del rompimiento de los límites entre lo interno y lo externo.

La historia de Julián es un drama de la piel, de experiencias desagradables en las cuales el contacto resulta frustrante; con sus genitores, con su compañera, al descuartizar y desollar los animales. Trata de convertir su piel en una barrera entre él y el mundo. Y es entonces en el abrazo, “boca contra boca, piel contra piel”, que la envoltura va a disolverse, en el abrazo al leproso, Julián finalmente se perdona y se acepta, se perdona el haber sido signado por su propia alteridad, se acepta como texto manchado, al mismo tiempo negro y blanco, inocente y culpable.

Los límites de la hospitalidad, este nudo de paradojas, son múltiples: límites sociológicos, psicológicos, políticos, jurídicos, económicos y culturales. Plantean el problema de la tolerancia y de la intolerancia. ¿Cuáles son los límites de la hospitalidad, hasta donde es tolerable? La práctica de la hospitalidad no es la misma del pasado, ha sido remplazada ahora por el intercambio comercial como modo de comunicación entre grupos y entre individuos. Sin embargo continúa siendo un principio general de nuestra relación con el otro.

La inhospitalidad es la negación de la perspectiva humana, y por esto es intolerable. El inhóspito es un ser de muerte, es un ser muerto, muerte de sí porque muerte del otro de sí (del cual depende su ser), cerrado en el recinto mortal de un ego ciego, reificado, reducido a su propiedad, puerta cerrada que en la ignorancia y en la negación del vecino, del prójimo, se abandona a un exilio de sí mismo. La propiedad es condición de la hospitalidad, podemos ofrecer sólo lo que nos pertenece, pero el huésped ofrenda su bien a su invitado: se expropia de su propiedad para que el invitado se convierta en propietario, él deviene así invitado de su invitado.

Decimos que somos huéspedes en esta tierra, siempre seremos huéspedes, debemos considerar entonces ser siempre hospitalarios. No se trata de piedad por el huésped, sino, al contrario, de deferencia y respeto, del respeto que tengo por mí mismo en tanto extranjero. Como condición a priori de la humanidad, como relación no destructora del otro (por el rechazo o por la asimilación), la hospitalidad es ilimitada, precede al derecho. Es a partir del carácter ilimitado de la hospitalidad, no como negación de los límites sino como apertura, como horizonte, origen, que podemos pensar las relaciones en la polis, en la polis en la cual cada uno de nosotros habita, en la polis que todos habitamos.

Hospitalidad y extrañamiento

El otro, el extraño, el extranjero son términos que muy raramente encontraremos en un léxico filosófico, no obstante podemos tratar de extraer de estos dos términos, hospitalidad/extrañamiento, su relación esencial con lo humano. El extrañamiento es una modulación de la identidad, la correlación entre hospitalidad y extrañamiento exige entonces interrogarnos sobre el sentido fundamental de la identidad. La identidad se manifiesta exclusivamente en relación a una diferencia, a través de la diferencia. La reflexión “especulativa” sobre la identidad es estéril y esterilizante: estéril porque cerrada sobre sí misma, no manifiesta otra cosa; esterilizante en su ser yermo e inhumano. La identidad estéril es la que se hace inmune en su relacionarse con lo externo, la tentación de la inmunidad se manifiesta con frecuencia en la defensa de una identidad estática, incapaz de salir de sí para encontrar otra identidad en el dinamismo que permite el mismo proceso de identificación.

Robert Mapplethorpe. Ken, Lydia and Tyler (detalle), 1985. Fotografía tomada de: <http://www.mapplethorpe.org>



Poner en cuestión la identidad, en este sentido, nos lleva a la reflexión sobre la hospitalidad y sobre el mismo sujeto que puede poner en cuestión su identidad. La alteridad es la sombra de la identidad, es aquello que no podemos obviar pero de lo cual no queremos darnos cuenta. La auto-referencialidad en la reflexión sobre la identidad no deja aparecer la diferencia. En el evento de la hospitalidad, sin embargo, lo idéntico y lo otro ocupan un espacio novedoso, un espacio interrogativo. La relación entre lo idéntico y lo extraño, que abandona el plano de las certezas, es la interrogación pura que coloca a los interlocutores en el espacio abierto de la interpelación, de las preguntas y de las respuestas. La interrogación abre el horizonte simbólico de la necesidad, el signo de la suspensión de la autonomía de lo idéntico que busca la propia identidad. Por esto la hospitalidad nos confronta con el hecho de que pocas veces o nunca lo idéntico es capaz de ver la alteridad y de verse como alteridad.



Robert Mapplethorpe.
Ken, Lydia and Tyler (detalle), 1985.
Fotografía tomada de:
<http://www.mapplethorpe.org>

En su habitar el mundo, lo idéntico se identifica a sí mismo. Ser uno mismo significa permanecer en su casa, ocupar el mismo espacio. No nos referimos a un genérico y universal “mundo de la vida”, tampoco al dato que estamos en nuestra corporeidad. Ocupar un espacio significa residir, la residencia nos identifica, es el lugar osmótico donde el mundo y el sujeto se encuentran sin el terror o el temor de la incertidumbre; esta ósmosis es la cultura, el proceso de interacción entre el mundo y el sujeto. La cultura es el primer mundo que habitamos y a través del cual se nos hace posible encontrar otras culturas, otras “visiones del mundo”. Convertirse en residente significa abandonar la condición de nómada y adquirir una independencia del mundo, la conquista de una interioridad como condición que posibilita percibir y encontrar al extraño. Porque el hombre vive en su casa tiene frente a sí el mundo.

El recogimiento opera una separación, concretiza una existencia en una casa, una vida económica, el yo existe recogándose. La residencia está antes que la existencia de la trascendencia, de los Otros, pero la aparición de estos turba y transforma el sentido del habitar, la posibilidad para la casa de abrirse a los Otros le es tan esencial como las ventanas y puertas que se cierran. Es la residencia lo que abre la posibilidad de la hospitalidad, pero a través de la casa se manifiesta otro carácter esencial de lo humano, lo femenino. La casa, que funda la propiedad, no es un mueble, es inmóvil, es poseída porque es siempre lugar de hospitalidad para su propietario, su interioridad esencial, su primer habitante, lo acogedor por definición, el ser femenino (Lévinas: 160-1)

Podemos hospedar porque somos hospedados, somos huéspedes en el mundo, por ello debemos hospitalidad.

La identidad satisfecha busca su felicidad, en el mundo se siente en su casa y lo ve con los ojos del deseo que se transforma en goce, inmediatez del goce que se transforma en especularidad, en la cual el yo se ve sólo a sí mismo. Viendo el mundo ve el yo y viendo el yo ve el mundo, Narciso, que en el reflejo se ve sólo a sí mismo, él es la totalidad del mundo. Esta es también la fórmula del pensamiento especulativo. En el pensamiento representativo, al contrario, lo real rechaza estar comprendido en la lógica de la identidad, reclama la lógica de la diferencia, el mismo sujeto es considerado en su naturaleza simbólica, es decir, en la definición de su identidad el sujeto descubre estar habitado por la diferencia. Sólo en tanto seres simbólicos somos capaces de producir símbolos, cuando esto no ocurre el imaginario especulativo se transforma en proyección fantasmática, en la cual toda diferencia es reducida a la identidad, el mundo es una proyección del yo.

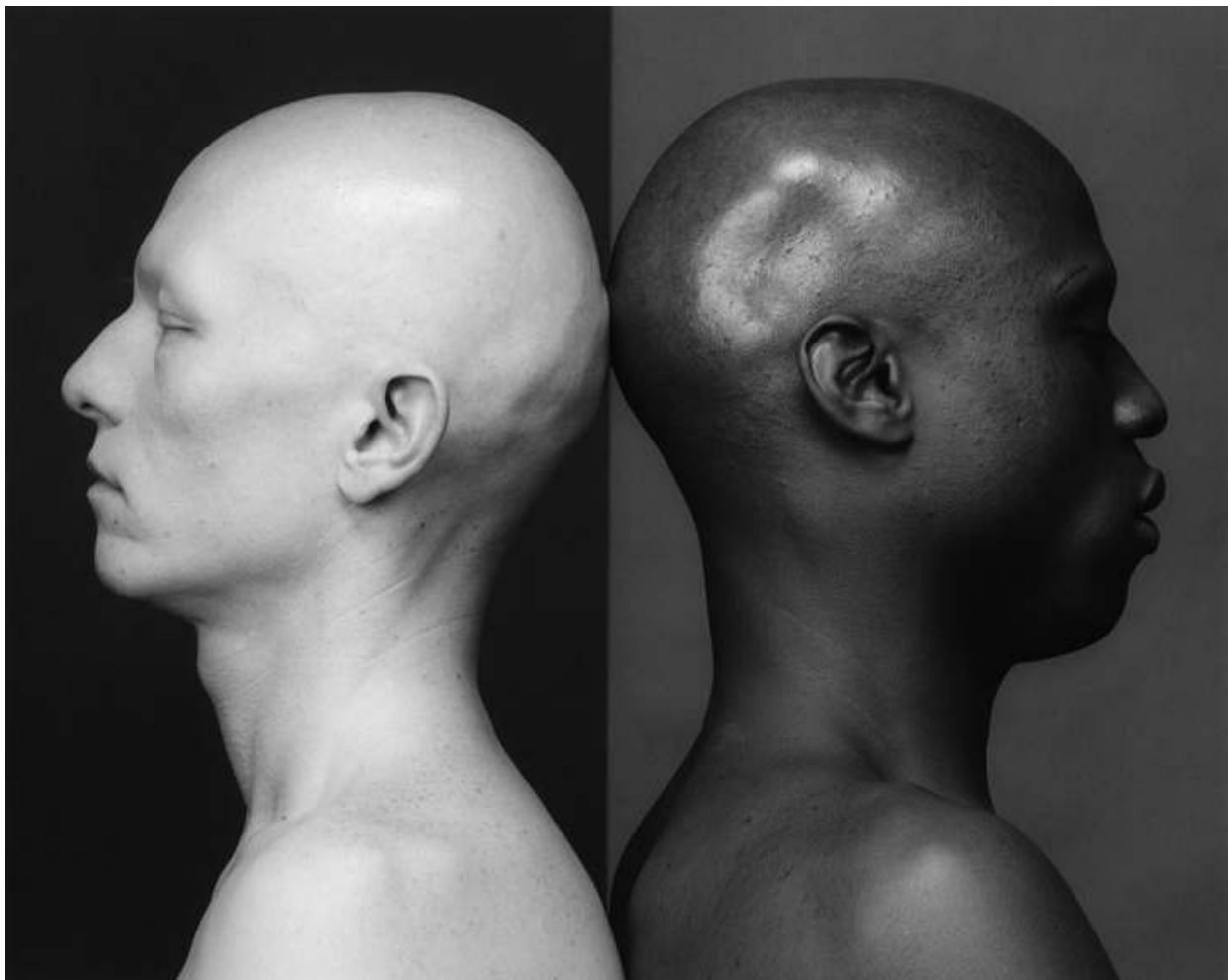
Si habitamos en el mundo, en la dinámica hospitalidad/alteridad, habitamos en el tiempo, lo vivido temporal es la verdadera diferencia de nuestro modo de habitar el espacio-mundo. Lo vivido en la stasis es en un presente que sólo se necesita a sí mismo para definirse, en la tranquilidad de la posesión de sí mientras transcurre el tiempo, ninguna otra temporalidad perturba el horizonte de la permanencia. Lo idéntico no necesita más nada, es la instalación. A la identidad estática le falta precisamente la relación hospitalidad/alteridad, donde convergen dos tiempos, alguien toca en la puerta y la puerta se abre. La identidad dinámica se caracteriza por esta tensión fuera de sí, salir de sí es proyectarse en el futuro en espera del evento. La vida hospitalaria vive hacia el futuro, en la espera y en la atención, en la inestabilidad, abierta al advenimiento de lo inédito. Habitamos un aquí y un ahora, desde este aquí vemos un allá y desde este ahora vemos un mañana.

Una esperanza desesperanzada estructura esta subjetividad que no se enrolla en sí misma, que sale de sí, hacia un tiempo y un lugar que no le pertenecen. La hospitalidad es un evento, la respuesta a una solicitud, este evento inaugura lo imprevisible, lo extraño que ocurre, el extraño que se acerca. Lo imprevisible no se resuelve con un esquema preconcebido, con un acto intencional, es imponderable. La hospitalidad es entonces vivir el tiempo con paciencia por lo que ocurre, con la disponibilidad de dejarse interrumpir por lo inédito y lo nuevo.

Reconocer en el rostro del otro siempre un valor es cambiar el paradigma de referencia socio-cultural: de la tolerancia de la diferencia, todavía egocentrada, a la cultura de la diferencia. El reconocimiento del otro como valor tiene como fundamento la necesidad del otro, del cual cada uno está constituido. Esto vale tanto a nivel de la singularidad como a nivel socio-político, en la interdependencia de las personas, de los grupos, de las naciones. La interdependencia de identidad y diferencia nos abre nuevas posibilidades para definir el sentido del hombre, los hombres en su autoafirmación se han identificado, se han vuelto sedentarios, reduciendo su horizonte. Es necesario que encontremos nuestra sensibilidad nómada, nuestra disponibilidad al cambio, a trascendernos, para alcanzarnos. Ni los hombres ni las naciones podemos aislarnos en una autonomía autocrática y en una autosuficiencia satisfecha. Todo yo es otro del otro, por ello su ética debe ser la hospitalidad responsable y benévola.

Referencias bibliográficas

1. Baccarini, Emilio(2004). Ospitalità e estraneità, Ágalma 7-8, marzo, Meltemi, Roma.
2. **Flaubert, Gustave(2006).Troiscontes. Un coeur simple. La légende de Saint Julián L'Hospitalier.**
3. **Herodias, Elibron Classics, Paris (1877).**
4. **Jabés, Edmond(1991). Le livre de l'hospitalité, Gallimard, Paris.**
5. Lacan, Jacques(1981).*Les psychoses* (S III), 1955-1956, Seuil, Paris, tr. es. 1984, El Seminario. Libro 3, Las psicosis, Paidós, Barcelona.
6. Emanuel Lévinas 1961, Totalité et infini, Nijoff, La Haye.
7. Alain Montandon 2004, I limiti dell'ospitalità, Ágalma 7-8, marzo, Meltemi, Roma.
8. Mario Perniola 2004, Stranieri a se stessi, Ágalma 7-8, marzo, Meltemi, Roma.



Robert Mapplethorpe. Ken Moody and Robert Sherman.1984. Fotografía tomada de: <http://www.mapplethorpe.org>